

MURCIA EN LOS VIAJES POR ESPAÑA

POR

ANTONIO PEREZ Y GOMEZ

IX

Quizá sea este artículo el último o el penúltimo que dediquemos a comentar las andanzas por Murcia de viajeros ingleses que visitaron antaño nuestra región. Lo sentimos porque nos encantaba leer sus relatos, reveladores siempre de una gran curiosidad por determinados aspectos de la vida murciana, y porque contenían, diluidas en un montón de consideraciones arbitrarias, bastantes apreciaciones certeras de nuestro carácter.

Como consecuencia de haber dado el viaje de Deverell materia suficiente para un solo artículo, había quedado en la carpeta el extracto del que iba destinado a ser su compañero: el de Augustus J. C. Hare. Hoy vamos a utilizar aquellas notas y, para completar la extensión que la revista nos deja, usualmente, para este quehacer, traeremos hoy también a capítulo a Hugo James Rose, muy españolizado por haber sido pastor de almas en Jerez y en Cádiz.

* * *

Por cronología le corresponde a Hare el comparecer primero ante el lector. Augustus J. C. Hare es el nombre con el que aparece en la portada de la obra que nos ha servido de material de trabajo. Vertido al castellano y descifradas las iniciales, resulta Augusto Juan Cuthbert Hare. Era inglés por su estirpe y ascendientes, aunque los azares de la vida llevaran a su madre a Roma en el momento de ponerle en el mundo, en 1834. Tuvo longeva vida para su época, setenta años, y vino a morir, ya entrado este siglo, en 1903. Quizá su italiano nacimiento influyó intensamente en sus aficiones peripatéticas, pues le vemos visitar Italia repetidas veces,



dejándonos de sus andanzas varios libros de viajes por aquella península, alguno de paseos por Roma y otros dos dedicados a Venecia y Florencia. Viajó, también, por Holanda y los países escandinavos dejando constancia escrita, en letras de molde, de aquel recorrido. Se sintió atraído por Rusia, o al menos por sus costumbres e historia, dedicándole un libro de ensayos. Y con el relato de un viaje a París, y varios libros de *Memorias de su vida*, en los que España ocupa siempre lugar destacado, tiene el lector conocimiento de cuanto sabemos sobre su actividad como escritor y viajero.

A nuestra patria viene en 1871, hacia finales de este año, haciendo un recorrido bastante racional: Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Murcia, Andalucía, Toledo, Madrid y Castilla la Vieja. Fue Irún su punto de entrada y salida en la Península. Alternó en sus andanzas varios sistemas de locomoción: diligencia, tartana, e incluso el ferrocarril. Y es hacia este último medio de desplazamiento que guarda su mayor desdén.

Aparecen sus recuerdos de viaje, por primera vez, en Londres, en 1873. Debieron ser bien recibidos porque el público agotó la tirada y dio motivo para que en unos treinta años se hicieran, por lo menos, diez ediciones, la última de las cuales aparece dentro de nuestro siglo, en 1906. Para estos apuntes nosotros hemos tenido a la vista un ejemplar de la séptima, cuidadosamente impreso, muy decorosamente encuadernado en tela editorial, negra, con unos filetitos rojos de adorno en las cubiertas y, en la de delante, en dorado, el escudo de Sevilla.

El título de la obra reza: *Wanderings in Spain, by Augustus J. C. Hare*. London, 1896. A continuación del nombre del autor, la mención de algunos de sus otros libros publicados. El tamaño del libro es octavo mayor y cuenta con XXII más 274 páginas con una hoja blanca final. Varias láminas, con vistas de ciudades y de monumentos, ilustran el relato. Ninguna de ellas corresponde a Murcia, pues las que reproducen lugares más próximos a nosotros están dedicadas a Alicante y Elche.

Aunque la introducción del relato no se refiere a Murcia, contiene bastantes cosas dignas de no ser pasadas por alto. Nos explica el error que padece el viajero que, para conocer España, se limita a la clásica ruta para ver la catedral de Burgos, Toledo, Córdoba, Sevilla y Granada, reduciéndose a ir de una a otra de dichas ciudades, entregado a lo que, los manuales de viajes o los guías siempre al acecho de turistas a las puertas de los hoteles, le digan. Eso, no es ver España. El encanto de España no está, precisamente, solo en esos sitios, sino que se encuentra esparcido por toda la superficie de su suelo y, a veces, lo suficientemente recatado para que precise de cierto esfuerzo y de alguna intuición artística en el viajero. El encanto de España no se limita a esas cinco ciudades, clásica ruta



del turismo prefabricado, sino que está en sus pueblos, en los pequeños lugares que aunque no contienen los motivos clásicos de atracción para el visitante, pregonados por guías y manuales, como los de Italia, Francia o Alemania, están repletos de atractivos peculiares, personalísimos e inolvidables; las callejuelas estrechas, los bellos palacios que surgen de improviso, los impresionantes templos en medio de ciudades pobrísimas, la anarquía en las edificaciones, la plazuela que nadie espera encontrarse de pronto al torcer una calle, las ramas de un naranjo asomándose por encima de una tapia, los castillos vigilando los pueblos desde la cumbre cercana, todo en medio de un paisaje variadísimo, con infinitas llanuras y abruptas sierras, con un aire transparente y fino y un impresionante silencio, en un clima donde el viajero puede encontrar desde el Monasterio en las cumbres escarpadas de Montserrat hasta el oasis de palmeras de Elche.

Viene Hare a nosotros desde Alicante y es en esta ciudad donde, para trasladarse a Elche, establece su primer contacto con las diligencias españolas tan injustamente menospreciadas y que él conceptúa, en proporción, más veloces y cómodas que el ferrocarril, porque no es sometido el viajero a las desesperantes paradas, en estaciones pequeñas, cada cinco minutos. Durante el viaje el viento sopla deliciosamente sobre la vasta llanura que atraviesa. El viejo cochero aragonés, que le ha tocado en suerte, con pintoresco y vistoso traje y amplio sombrero, compite en cortesía con los mayores valencianos que ha conocido antes. Conduce su tiro de bestias con gritos expresivos: «¡A la derecha..., a la izquierda... adelante... Ave María Purísima..., más a la izquierda... Tú, la de adelante..., alante con Dios..., tú la de atrás...», y así siempre, hablándoles como si fueran personas, con voz pesada y fuerte. Sin que esto sea una acertada técnica de conducir, ni revele la menor maestría, lo cierto es que las bestias le obedecen, ayudando a ello, de vez en cuando, el látigo. Y cuando la que hace cabeza se adelanta con exceso a donde el látigo no alcanza, el mayoral, para traerla a capítulo le arroja piedras al rabo desde el pescante, tomándolas de un pequeño montón previsoramente preparado al efecto en el departamento de útiles y enseres y cuya aplicación y objeto no había dejado de despertar la curiosidad e inquietud del viajero.

A las dos horas de viaje, se divisa, lejos, en el horizonte, una apretada línea de palmeras que se elevan hacia el cielo y, conforme se acerca la diligencia, se transforma en un verdadero bosque. En el aire, de gran transparencia y claridad, y con frecuencia a una altura de más de sesenta pies, se dibuja y recorta la silueta de sus gráciles copas, penachos de grandes ramas cuajados de dátiles, cuyo color se asemeja al jugoso y brillante de las naranjas. No puede darse, con palabras, la verdadera impre-



sión de tal variedad de colores —tierra, troncos, hojas y frutos—, y de sus efectos cuando el sol los ilumina teniendo como fondo el profundo azul del cielo. Las hay de todos aspectos; rectas como mástiles que quieren alcanzar el cielo; torcidas en pintorescos escorzos; apoyadas, algunas, en los cercos de pequeños muros. Y entre ellas, las palmeras jóvenes creciendo con vigor. Decenas y decenas de millares en unas pocas millas a la redonda.

Sólo las hembras producen fruto, fecundadas con el polen de los machos. A algunas palmeras machos le son atadas sus copas para blanquear las palmas y dedicarlas a ser usadas en las procesiones y balcones el Domingo de Ramos, consideradas como segura defensa contra el rayo y que resulta más barata que un pararrayos. Todos le responden de su acreditada eficacia.

La palmera es árbol de adorno y de producción. En casi dos mil libras estima Hare el valor de las palmas y en unas catorce mil el de los dátiles. Se cosechan éstos en enero, por hortelanos de pequeña estatura que trepan tronco arriba, ayudados por cuerdas que sujetan al árbol y al pecho, pudiendo descansar de su labor, sin bajar al suelo, poniéndose casi horizontales, los pies en el tronco, y sujetados por la cuerda. Los capazos suben vacíos y bajan colmados a lo largo del mástil accionado por una cuerda y una polea.

A la puerta de cada casa, capazos de dátiles sin vigilancia alguna y pudiendo tomar los que quiera el transeúnte, no sólo para comer en el acto, sino aun para guardarse en los bolsillos. El español sabe que, cuando se hace confianza, nadie abusa. Con Hare, que pasea ese día por el bosque, todos los campesinos rivalizan en cortesía obsequiándole con los mejores y sin permitir aceptar nada en pago.

Está tres días en Elche, que, a pesar de ser la *Illica* romana, es una población absolutamente oriental y morisca en su carácter y en su aspecto. Encuentra alojamiento en una posada humilde pero limpia y decorosa. Sale a pasear y se asombra de continuo ante la profusión de palmeras en los alrededores, en el centro de la ciudad, en el lecho y en las márgenes del profundo barranco del casi seco Vinalopo que le trae a su memoria el Valle de Josafat.

Elche se alza en medio de ese paisaje, como una Jerusalén, con sus tejados planos, sus viejos muros y aun su mezquita. Cruza un camino bordeado de chumberas. El aire es claro, fino, de inverosímil transparencia, con gran visibilidad de las lejanías compuestas por montañas color violeta.

Sigue hacia Murcia por un simulacro de camino, que no es sino una simple vereda indefinida en su curso, de trazado borroso, sembrada aquí



y allá de grandes piedras que ponen en riesgo de volcar a la desvencijada diligencia. En algunos trozos parece una vieja calzada de piedra. En otros, los obstáculos son de tal magnitud que parece imposible avanzar, y el mayoral tiene que hacer uso y abuso de su fraseología expresiva y de su más convincente látigo para poder continuar adelante. La diligencia se precipita en los descensos y es arrastrada arriba por las bestias que trepan por los ascensos y ese bamboleo, estruendo e inquietud de los ocupantes, es lo menos malo que pueda ocurrir.

Pero el camino mejora al aproximarse a Orihuela, vieja ciudad catedralicia, con chicas guapas que andan por la calle con flores tras las orejas. Está enclavada en una llanura fertilísima, y proverbial, que le asegura, llueva o no, abundancia de cereales. Y con el alba, alegremente, amenizado el aire por repiques de campanas de las numerosas iglesias y conventos, Hare sigue su ruta hacia Murcia.

Nuestro huésped se hospeda en el Hotel Peregrino. Para él, Murcia es también una ciudad morisca tan antigua, tan atrasada, tan estancada, como si los años no hubieran pasado, que quizá sea la sola ciudad —dice Hare— que Adán reconocería si volviese hoy al mundo. Tiene una catedral gótica, o al menos a él se lo parece. En uno de sus paseos matinales, es sorprendido por unas campanillas que se acercan y presencia el paso del Rosario de la Aurora que se canta, al amanecer, en devoción de las almas del Purgatorio para ayudarlas a salir de él.

*En el Cielo se reza un Rosario,
todas las mañanas al amanecer.
Santiago lleva el estandarte,
San Pedro, la luz; la cruz, San Miguel.
Pues vamos allá,
que no hay cosa más santa y más dulce
que el Santo Rosario que se va a rezar.*

Es Murcia el último punto de Levante que visita, pues Cartagena —dice—, no vale la pena. Se marcha de aquí extraordinariamente agradecido de cómo le han tratado y del paisaje que contemplaron sus ojos. Nadie puede imaginar la gama enorme de colores; la sierra lejana, las colinas próximas, la huerta circundante, las alamedas frondosas. El clima es delicioso. No es el invierno romano, con calor sofocante durante el día y frío intenso de noche que hace tiritar al pobre turista, sino la dulce y equilibrada temperatura de un fino y tranquilo septiembre inglés.

Pero lo que más le ha sorprendido es la amabilidad y cortesía de las gentes que hacen extraordinariamente fácil y cómodo el viajar por esta



comarca, porque esto permite al viajero poder desenvolverse con tranquilidad y confianza sin tener que adoptar las reservas y precauciones indispensables en Italia. Encuentra precios fijos en hoteles, tanto en comidas como en alojamientos, que hacen innecesario el antipático y humillante regateo. En la posada más modesta y humilde, y en la fonda u hotel de más alta categoría, el viajero es recibido con familiar cortesía, no como un viajero, sino como un huésped en una casa de campo; y al sentirse uno tratado de tal manera, queda obligado a comportarse también como tal. Los propios sirvientes y camareros —en España es rara la servidumbre femenina— también le tratan a uno con cortés familiaridad, sin olvidar nunca la distancia y el respeto. Los abusos y los hurtos y deslealtades, son incompatibles con el carácter español.

Aun el campesino más modesto, a quien se pregunta el camino a seguir, con gran frecuencia distinto y alejado del que él lleva, extrema su amabilidad, se desvía sin enojo de su ruta, y acompaña al viajero despedido hasta dejarle en el sitio a que pretendía llegar, sin admitir la menor retribución por su servicio y demostrando un verdadero placer en ayudarle. Parecen ansiosos de auxiliar a todo extranjero.

Esa cortesía y liberalidad, la encontró en todos sitios. Y la caridad con el prójimo. Y la diligencia y desinterés en hacer pequeños servicios en beneficio de los demás. En Elche encontró todo esto, una vez en la puerta de una pequeña posada —equivalente a un bar inglés— a donde se amontonaban multitud de lisiados, ciegos, ancianos, esperando todos los días las sobras de la comida que distribuía entre ellos la dueña. Y otra vez en el cuidado con que la mujer del herrero, frente a la posada, cuidaba de mantener encendidas, a sus expensas, dos lámparas que alumbraban un camarín de Nuestra Señora de los Desamparados en el balcón. La gente practica las obras de misericordia, y en España el dar de comer al hambriento, de beber al sediento, socorrer al desvalido, visitar cautivos, llevar consuelo al triste y enterrar con decoro y devoción a los muertos, tienen el carácter de deberes de que nadie intenta excusarse.

Mientras nuestro hombre escribe sus notas, en el Hotel Peregrino, se asoma de vez en cuando al balcón. Un muchacho guapo, de ojos negros y soñadores, que parece escapado de un cuadro de Murillo, está apoyado contra la pared de enfrente, a la luz de la luna, contemplando con recogimiento una imagen de la Virgen en su hornacina. Estampa clásica y típica de esta España, llena de ruinas y de supersticiones, de belleza y encanto, presentes también en el grito con que, en medio del silencio de la noche, canta el sereno la hora: «¡Ave María Purísima... las doce menos cuarto!»...

A partir de Murcia, Hare abandona la diligencia como medio de



transporte y utiliza el ferrocarril para llegar hasta Córdoba, que es su próximo punto de parada. Y se deshace en improperios y censuras para los trenes españoles, incómodos, con continuas y prolongadas detenciones en estaciones míseras y sin una sola parada decente en el camino que acoja al viajero con el menor confort. Al pasar por Albacete, le sorprende y asusta un hombre que se cuele en su departamento, en medio de la oscuridad del vagón, y a media noche, materialmente envuelto en navajas, facas y cuchillos que no son sino la mercancía que ofrece a los viajeros como manufactura clásica de aquella ciudad manchega. Las lleva de todas clases y categorías; sencillas y con trabajosas y cuidadas incrustaciones. Entre ellas destaca la faca propia del majo, del bandolero, del chulo y que se acostumbra a llevar por esos sujetos, cuidadosamente asomadas saliendo de la faja o del bolsillo como dramática advertencia y aleccionador aviso contra importunos. Frecuentemente llevan leyendas y frases grabadas: «Corto el pan y mato a un hombre»... Y esta industria es tan importante en Albacete que los españoles llaman a esta ciudad, ostentosamente, el Sheffield español. Las famosas navajas de Albacete, tienen su más característico mercado en la estación de ferrocarril y en las horas de paso de los trenes.

Por la mañana, el tren avanza penosamente, porque la prisa y la celeridad no existen en los ferrocarriles españoles, a través de la extensa llanura, la Mancha de Don Quijote, tan desolada, tan triste, tan inculta y tan despoblada como cuando atravesaba estas tierras el hidalgo manchego. Hasta las proximidades de Córdoba, no cambia el paisaje. Las incidencias de nuestro hombre por tierras andaluzas, escapan a nuestra curiosidad de analista murciano de vía estrecha y le dejamos seguir su camino deseándole buena suerte y que encuentre por donde viaje personas tan corteses como las que en nuestra tierra encontró y paisajes tan bellos como los que aquí le encantaron.

En 1877, y de las prensas de Richard Bentley and Son, salieron a la luz, en dos volúmenes, los relatos que de sus andanzas por España había pergeñado Hugh James Rose, capellán inglés en Jerez y Cádiz, y autor de otra obra sobre nuestra patria, «Untrodden Spain», que no conocemos. Su título es: *Among the Spanish People, by Hugh James Rose, English Chaplain of Jerez and Cádiz; Author of «Untrodden Spain»*. Tenemos a la vista un ejemplar, encuadernado en tela editorial, con títulos en lomos y cubiertas, en oro, con VI más 402 páginas el primer volumen y IV más 350 el segundo que lleva al final, en 48 páginas, un catálogo del fondo editorial de la casa que lo publica.



Nada podemos decir al lector del clérigo cuya obra nos ocupa hoy. Con iguales nombre y apellidos, mencionan los diccionarios otro escritor, también inglés y también religioso, pero que no puede ser, por las fechas de nacimiento y muerte, el que hoy motiva nuestra atención, aunque muy verosímilmente pudiera tratarse de algún antepasado suyo.

El libro del capellán inglés no es, en realidad, el relato de un viaje hecho desde su país al nuestro. Rose vivía ya en España —el título nos lo dice— y tras de informarnos sobre lo mucho que se ha escrito en materia de viajes por la Península, viene a confesarnos que, aun siendo pobre en extremo, ha podido, por la generosidad de unos amigos suyos, hacer un largo viaje por gran parte del territorio español, teniendo que hacer, por esa causa, muchos trayectos a pie, comiendo y durmiendo bastantes veces con los menesterosos y conociendo su humilde lenguaje y costumbres. Por ello pudo tratar en su periplo a toda clase de gentes y conocer, hablar y tratar, a personas de todas las clases sociales. En el campesino español encontró fraternal camaradería, caballerosidad, auténtica nobleza de carácter, religiosidad sin hipocresía, y todas las virtudes, mezcladas con ese poco de estiercol y miseria que siempre son ingredientes forzosos en el ser humano. De los menesterosos españoles hizo sus amigos y esa amistad y amor le condujeron a observar y estudiar sus vidas y costumbres.

En los volúmenes existen, desparramados por sus páginas, bastantes dedicadas a Murcia y su comarca aparte de las que nos reserva específicamente al llegarle el turno a su estancia entre nosotros. La Feria de Albacete merece capítulo aparte y otro la fabricación de navajas en la misma ciudad. En alguno nos cuenta conversaciones en Murcia sobre la guerra civil y aun una romántica y folletinesca historia de amor y abnegación; pero en ambos casos, como las cosas que narra están en absoluto desprovistas del más leve carácter murciano y podrían contarse igualmente como ocurridas en Badajoz o en Palencia, nos hemos abstenido de recogerlas. No así con cuanto se refiere a Albacete, que extractaremos al final. Para orientación del lector le diremos que la actividad de vagabundeo por España del clérigo inglés que nos ocupa, tuvo lugar en el año 1876. En abril fecha el autor el capítulo, del volumen segundo, al que titula: «An old-world capital in Southern Spain». Esa ciudad del viejo mundo, en el Sur de España, es Murcia.

Murcia se asienta —nos dice Rose— entre jardines maravillosamente fértiles que se extienden ostentando su riqueza y frondosidad, no solo alrededor de la ciudad, sino aun dentro de sus muros y asomando por encima de ellos. Tan rica llanura se encuentra defendida, por todos lados, por barreras de desoladas, incultas y escarpadas montañas. En Mur-



cia, no vive ni un solo inglés. En Murcia puede ser contemplado, a placer, el clásico tipo del huertano, con su blusa de névea blancura, su faja negra, sus calzones blancos hasta un poco más de la rodilla, semejantes a enaguas cortas. En Murcia existe una aristocracia estática, orgullosa y conservadora para la que la ciudad es un pequeño mundo y un reducido reino. En Murcia, salvo una media docena de molinos papeleros y unas pocas fábricas de tejidos, es desconocido el ruido de las máquinas y desconocidos la actividad fabril de la industria y el ajeteo y movimiento del comercio. La vista de sus calles estrechas y tortuosas, del cinturón de colinas que la rodea y aísla del resto del mundo, de sus huertanos y gitanos vistiendo trajes peculiares y anacrónicos, y de los pesados carricoches de madera que todavía transportan el correo y los viajeros desde Lorca a Alicante, sugiere y recuerda la tranquilidad y el adormecimiento de pasadas centurias. El ruido del ferrocarril, único síntoma de modernidad, es raramente oído porque la pequeña estación, por la que pasan los trenes de Cartagena a Madrid, queda un poco alejada del centro de la ciudad.

La diligencia desde Alicante a Murcia es diaria y sale a mediodía. El viajero logra, desde ella, una visión panorámica de esta comarca durante las 9 horas que dura el viaje. Hasta Elche, «la ciudad de las palmas», el terreno es árido, llano, seco, salvo algunas pequeñas manchas de viñedos y reducidas plantaciones de higueras y granados. Alrededor de las casas de labor, olivos, melocotoneros y algarrobos, pero en escaso número.

Golpe de efecto en Elche. Paisaje oriental; casas moriscas de viejas piedras, terrazas, casas antiguas apelotonadas en medio de los bosques de palmeras, las famosas norias y dispositivos de regadío de los moros, las posadas entoldadas con el acogedor y cálido ramaje de las palmas. En torno a la ciudad un verdadero jardín; palmeras, regaliz, viñas, higueras, moreras silvestres, algarrobos y olivos en profusión. Entre unos y otros jardines, setos de altas cañas susurrantes limitan las propiedades.

Orihuela viene pronto, con sus veinte mil habitantes y su huerta excepcional que produce trigo llueva o no llueva como el refrán cuenta y sabe de memoria nuestro lector. Varios pueblos más, en algunos de los cuales se cambian los tiros del coche, y cuando la tarde ha caído y la noche está bien entrada, se adentra Rose en su diligencia en la huerta de Murcia, una de las más ricas de España. Ya verá el lector cómo esa circunstancia de haber atravesado la huerta de noche, influirá en numerosas inexactitudes e incomprensiones. También verá el lector cómo Rose, clérigo, un poquillo sensual, calibra mejor las excelencias físicas de las murcianas que la feracidad de nuestro suelo o la riqueza en matices de nuestra vega.



Que el viajero no espere encontrar en ella —nos dice Rose— ni la hermosa vegetación de las regiones inglesas de clima húmedo, ni la lujuriantes y exuberante de los trópicos y de los países sudamericanos. En España, en las comarcas del Sur y Levante y algunas del interior, por muy bien dotadas de agua que se encuentren, nada existe en materia de hermosos árboles, selvas o bosques. En este ardiente clima cuanto nace en la tierra, salvo las palmeras, son árboles bajos, achaparrados, raquíuticos. Y aun los famosos robles y encinas castellanos, son de exigua talla que nunca sobrepasa los veinticinco o treinta pies de altura. Esta defectuosa visión de nuestra vega, se explica porque el viajero nos cuenta que, además de ser ya oscuro cuando la cruza, hay una fuerte tormenta con cielo negro, pesadas gotas de lluvia y cegadores relámpagos que iluminan las pardas colinas y entenebrecen la noche abrileña.

Pintoresca escena en la diligencia. Al pasar cerca de un caserío un campesino se encarama en el coche y entra en su interior por la ventana; va a llevar, al próximo cuartel de la Guardia Civil, los papeles de su hijo. Los «papeles» de un mozo, en España, son los que acreditan haber cumplido sus deberes militares o haber sido excluido de cumplirlos por los sorteos que anualmente se hacen y en los que algunos son liberados de la faena marcial. Cuando así ocurre, se les provee de un certificado que la madre guarda cuidadosamente en el arca. Y como los mozos se marchan a trabajar lejos, cuando les piden los «papeles» y no los muestran son detenidos y se avisa a sus padres para que acudan a presentarlos.

A las diez de la noche llega a Murcia nuestro hombre y se hospeda en la Posada de la Cruz, que es donde la diligencia para. Antes de llegar y durante las dos o tres últimas millas, ha pasado a través de la huerta, en medio de un aire pesado y húmedo por las evaporaciones de los riegos, y embalsamado con el olor de plantas y flores, como si fuera incienso. En sus observaciones destaca tres cosas; comarca casi árida, sin árboles, desprovista de belleza natural; toda la vegetación obtenida exclusivamente por la industria humana, por el regadío artificial; y ausencia de zonas de césped, de bellas arboledas, de frondosos sotos, de bosques. No pueden estas tierras áridas ser nunca hermosos jardines. Y así resulta que los famosos melonares no son tan lozanos ni exuberantes como una buena plantación de calabazas; que los frutales son bajos, mal podados, mal cuidados y apenas sobresalen sus copas del límite de las cercas o sotos; y aun que toda esta vegetación es efímera, pasajera; lo verde dura lo que dura el cultivo y, acabada la recolección, las tierras vuelven a ser pardas o pajizas bajo un sol abrasador. Y esto descorazona porque el viajero espera encontrarse con otro panorama alentado por el tamaño y be-



lleza de los frutos que ve en los mercados o en la mesa de los hoteles donde se hospeda.

Otra experiencia que saca de este recorrido es la presencia casi continua de la pareja de guardias civiles en las diligencias, con sus correajes y con los fusiles asomando por las ventanillas. Esto da al viajero, a la vez, una sensación de seguridad y de peligro, Esta ruta era famosa antes por los robos y atracos que acaecían casi todas las semanas y con los que ha terminado la Guardia Civil con sus turnos de vigilancia en las diligencias y caminos.

Y finalmente la soledad, la falta de gentes en los caminos, la ausencia de coches y vehículos con quienes cruzarse, la carestía de casas. En cualquier comarca inglesa es frecuente el encuentro en las carreteras con gentes, caballeros, vehículos, casas muy cercanas, a uno y otro lado; vida en suma. Aquí, no. Es muy rara la gente que viaja en España y, en las clases bajas, muy numerosas las personas que jamas salieron de su pueblo ni siquiera para visitar el más próximo.

En los campesinos que ha podido atisbar, quizá en las paradas del coche o entre los viajeros, destaca la delgadez de facciones y los pintorescos trajes de las mujeres en contraste con los blancos zaragüelles de los hombres. Repetidas veces, volverá a ocuparse de estas cuestiones de aspecto físico, sobre todo femenino, y de vestimenta.

El viajero puede recorrer y ver Murcia y sus alrededores, en dos dias bien distribuidos. La Catedral, el mercado de frutas, la Contraparada, con los demás dispositivos tradicionales de regadío, a unas tres millas de la ciudad; las murallas, los gitanos, el Jardín Botánico e, incluso, una colección privada de cuadros donde se dice que existen pinturas de Alonso Cano, Velázquez y Zurbarán, y a la que no es difícil el acceso.

Pero nadie puede presumir de haber visto colores antes de haber estado en Murcia y Cartagena. La calle principal, en ambas ciudades, está llena de tiendas de ropas, de puestos de cestas, aguaderas, monturas, arneses y mantas, todo hecho a base de tejidos brillantes y llamativos, en cuyas manufacturas ocupa Murcia un lugar destacado. Los colores predominantes en los géneros que se usan para vestir por las clases trabajadoras, son el brillante bermellón, el verde esmeralda y el amarillo. Y cuando los ojos se detienen en las altas pilas de piezas de lienzo que se exhiben a las puertas de los comercios, y en los alegres trajes de las gentes que andan por las calles, todo ello bajo un cielo de espléndido azul, el extranjero se siente maravillado y absorto.

Y hay que detenerse y contemplar bien a todas las mujeres; ricas y pobres. Sus rostros y adornos, son verdadera tentación para... un pintor. La belleza, en las clases bajas, es maravillosa. La «guapa» murciana, de



la ciudad o de la huerta, lo es de verdad y excede en belleza a cualquier otra mujer, salvo a la valenciana, su rival, con la que compite decorosamente. Pie pequeño, empeine alto, pantorrilla perfecta mostrada en parte por la falda corta que sólo cubre su mitad, gracia y donaire semi-petulantés, semi-orgullosos en el porte de la reducida cabeza sólo adornada con las ricas trenzas de su pelo, castaño o negro ala de cuervo, estirado hacia atrás, desde la despejada frente hasta la nuca, donde se anudan en peculiar moño. Llena de salud, lozana, con su rostro moreno; bien dibujada su nariz corta, recta, un poquillo respingona, sólo lo suficiente para dar al rostro un tono picaresco y provocativo, y una sonrisa luminosa que realza la belleza de sus ojos negros. A veces, una flor roja en la cabeza. A veces un chal o un pañuelo sobre sus hombros sujetado con un antiguo alfiler. Ya le veremos volver sobre este turbador tema.

Tiene Murcia dos paseos: la Glorieta, preferida por las clases humildes, y el Malecón, punto y lugar de cita de la aristocracia. El Malecón es el paseo más bello de Murcia. Corre a todo lo largo de la ribera del río, el Segura, que arrastra su lenta corriente fertilizando la vega. En el Puente, sus aguas fangosas se precipitan en dos cascadas sobre el lecho semi-seco esparciendo un desagradable olor. Desde las cinco de la tarde, hasta las ocho, el Malecón es frecuentado por la élite de la ciudad a la que divierte el pasear por el simple hecho de hacerlo. Pasear lentamente, tarde tras tarde, andando, en pequeños grupos, desde el principio al fin, extasiándose mirando los huertos de frutales a la derecha y el río a la izquierda, con sus orillas limitadas por susurrantes cañas, y volver después a casa para una cena rápida y, luego, con el hermano, el marido o el amigo, hacer un ratito de charla en el Casino, tomando bebidas suculentas, o ir a un teatro, he aquí las usuales ocupaciones vespertinas de la alta sociedad murciana.

Pero las bellezas, en las clases elevadas, son de menor calidad, menos «guapas». En las mujeres de la aristocracia, aunque parezca extraño, predomina el pelo rubio, probablemente por la estrecha relación con Francia que tiene esta provincia, y su vecina la de Valencia, y que ha permitido una gran frecuencia de matrimonios mixtos. Confesamos que no sabemos de dónde se sacó Rose este detalle. Muchas de ellas son de tinte muy claro, predispuestas a engordar, pero bastantes son verdaderamente hermosas y muy graciosas por su donaire y por su arte en vestirse y adornarse.

Los hombres tienen un aspecto más vulgar. No son tan corteses como los andaluces aunque afecten despreciarlos. Y por lo general, lo mismo pobres que ricos, en su aspecto y en su conversación, decepcionan un poco. Hablan de una manera particular, de difícil comprensión, con uso



frecuente de palabras de corrompido francés: «huite» por ocho; «merced» por gracias. Tampoco sabemos de dónde sacaría el clérigo inglés esta observación.

El sitio más bonito de Murcia es la vista que se contempla desde la cúspide de la Catedral. Aunque la torre tiene un aspecto imponente y es muy alta, la ascensión a su cumbre es simplificada por un inteligente dispositivo, como en el Campanile de Venecia, sustituyendo las abominables y cansadas escaleras de caracol, por rampas inclinadas, en escuadra, de suave pendiente, de veinte yardas de largo, que facilitan el acceso a la parte superior. Diecisiete de estas rampas permiten a un inválido llegar hasta arriba. Y desde la alto de la torre se divisa la inmensa llanura, como un jardín, en derredor, esmaltada de pequeñas casitas de piedra, blancas, y las estrechas calles de la ciudad, con las terrazas de las casas moriscas, todo en medio de una fertilísima llanura de unas quince millas de largo por nueve de ancho, y rodeada, por todas partes, de colinas desnudas y estériles.

A lo lejos se divisa la cumbre nevada de Sierra Espuña, que abastece a Murcia de nieve, en los veranos, para refrescar el agua. Justamente detrás de esa sierra, pero imperceptible a la vista, se encuentra el pueblo de Librilla, cuartel general de los gitanos de la comarca, que allí viven sin ser molestados por nadie.

Las campanas de la Catedral, traídas de Cartagena, son famosas y se dice que son las más viejas de España. Su número es superior a quince, si la memoria no le es infiel a Rose. Cuatro de ellas, son de gran peso; un sacerdote que ha coincidido con él, en la cumbre de la torre, le dice que cada una pesa más de cuatrocientas arrobas.

La principal actividad industrial de Murcia consiste en la manufactura de monturas, arcos y arneses para caballos y asnos, mantas y paños de modesta calidad pero de brillantes y sugestivos colores, unos pocos molinos papeleros, y algunas fábricas de seda, y el cultivo del gusano para obtenerla, que se alimenta con las hojas de morera blanca o silvestre. Pero la industria sedera murciana es de menor importancia que la granadina de Huéscar y que las demás del vecino reino de Valencia.

El volumen de frutos y hortalizas que se exporta a través de Alicante, por Murcia y la comarca en su torno, es de la más alta importancia. Higos, uvas, naranjas, dátiles, almendras, granadas y melones, con una buena cantidad de melocotones y manzanas, son los frutos que principalmente se obtienen en el campo y la huerta murcianos. Los cereales que más se producen son arroz, panizo y maíz. Hay muy poco ganado aunque se cultivan plantas para pienso, principalmente guijas, algarrobo y una hierba cuya traducción no logró Rose encontrar en ningún diccio-



nario. En tubérculos y hortalizas abundan la patata, la batata dulce, aquí llamada «moniato», la col, coliflor, girasol (cuyas semillas son buena parte de la alimentación de algunos pobres), nabos, rábanos, lechugas, cebollas y pimienta. Toda esta comarca envía a La Habana grandes cantidades de cebolla. Existe alguna que otra fábrica de ladrillos, aunque con producción muy modesta. Los distritos mineros se encuentran, principalmente, en Cartagena, y las gentes le afirman que casi todas las colinas en torno a la ciudad son muy ricas en metales variados.

Ese carácter primitivo, antes aludido, la apariencia de las cosas y gentes, el aspecto soñoliento y antiguo de la ciudad, hace que una estancia de algunos días en Murcia sea interesante y aprovechable para cualquier visitante extranjero, siempre que no espere encontrar ningún síntoma ni conquista del progreso. Para ver esas muestras de modernismo y adelanto, es preciso ir a regiones como Cádiz, Sevilla, Huelva, Jerez, Puerto de Santa María, y Linares, en Jaén, donde el contacto con extranjeros y la instalación por éstos de empresas industriales, han ocasionado cierto progreso social y político.

En otros capítulos de su relato, Rose alude diversas veces a Murcia, con consideraciones que, muchas veces, han sido ya hechas o lo serán. Alude varias veces a la vestimenta provinciana, muy similar en Valencia y Murcia; tosca blusa de lienzo blanco de hilo y, más frecuente, de algodón; calzones o zaragüelles, del mismo tejido, hasta las rodillas; piernas desnudas y calzado en forma de sandalias de cáñamo que es el usual en el Sur y que denominan alpargatas.

La mujer murciana es más bien bajita, con tendencia a engordar, con redondas, fuertes y ondulantes caderas. El rostro, a veces pensativo, a veces triste y aun melancólico, pero con gran facilidad para alegrarse de improviso abriéndose en una sonrisa semi-ingenua y semi-provocativa. El pequeño chal verde sobre los hombros. La falda corta, roja o amarilla que apenas baja de las corvas. Magnífico cabello anudado en la nuca en peculiar moño. Es una muchacha que puede en un momento llorar a moco tendido porque ha perdido un céntimo, y en otro momento llevar sobre sus hombros, ante la atónita mirada del extranjero, una tonelada de peso. Y mientras usted mira embelesado los delicados y cincelados trazos de su rostro, su naricilla corta y algo respingona, sus manos y pies pequeños y bien modelados, de pronto, la ve usted devorar media libra de carne y seis onzas de salchicha y cargar sobre sí más que carga un caballo. Quizá sea este el tipo ideal de mujer; delicadeza en las formas y robustez en los miembros.

Pero quien desee otras cosas, quien aspire, en su ideal femenino, a hallar en la mujer que busca, cultura, ilustración y demás cosas de esa espe-



cie, o sea, quien necesite algo más que la perfección y armonía de las formas, la belleza del rostro y el abandono en las maneras..., que no venga a buscar mujer al Sur de España.



ALBACETE Y SU FERIA VISTOS POR HUGO JAMES ROSE EN 1876

En la obra que venimos comentando, se dedican a Albacete dos capítulos del volumen segundo. Uno a describir la vida albaceteña y sus actividades manufactureras e industriales y otro a describir su famosa Feria septembrina. Vamos a reunirlos ambos.

Albacete —comienza diciéndonos Rose—, con sus doce mil habitantes es un elocuente espécimen de una población de viejo estilo provincial, muy conservado en su pureza y con vida, a la vez, manufacturera y campesina. Se ve alguna nueva casa, con ventanas encristaladas junto a los antiguos edificios de una sola planta con rejas en sus huecos. Se ven juntos al campesino manchego con sus vestimentas oscuras de sarga, y al labriego valenciano con las blusas blancas, zaragüelles, alpargatas y su clásica montera. Cada uno guarda sus peculiares hábitos en el vestir, y aun visita su propia taberna; y es fácil oír muy cerca el salterio valenciano o murciano y la manchega guitarra. Es esta una característica a la que no se dedica la adecuada atención por los visitantes extranjeros que quieren considerar a España como un todo cuando no es sino un conglomerado de regiones cada una de las cuales conserva sus usos, costumbres y peculiaridades. La formación espiritual del español pobre, es más provincial o regional que nacional. Así tenemos que los mozos albaceteños que rehusan ir a la guerra civil a combatir a los vascos, no andarían remisos en echarse a la calle, armas en la mano, si se tratase de defender su comarca atacada.

Albacete, aunque perteneciente al reino de Murcia, no tiene la tropical fertilidad de la provincia vecina. Es típicamente manchega; tierra de trigo, cebada y vino. Está rodeada de ricas llanuras ondulantes, for-



mando una meseta en el límite de una de las más ricas zonas productoras de grano del mundo. Cereales, principalmente trigo y cebada, vino tinto y azafrán, con una buena cosecha de patatas, son los naturales productos del distrito.

Paseemos un rato por la ciudad para ver cómo vive este honrado pueblo. Encontraremos diez o doce casas, con sus talleres anejos, donde el padre, con su hijo, trabaja en la antes famosa cuchillería albacetense. Entre usted en una, en la que fácilmente se distingue el anuncio, «Navajería de Juan, etc...», y encontrará a la familia, sentada a la mesa, tomando su simple comida de mediodía, que aquí se hace a las tres de la tarde, a base de estofado, jamón y melón de agua. —«¿Quiere usted acompañarnos?». Esa es la cordial bienvenida con que cualquier extraño es recibido.

La ausencia de muebles, de libros, de adornos en habitaciones, quizá produzca fuerte sorpresa en el visitante extranjero; pero estas paredes desnudas, los lechos de hierro, los pavimentos empedrados, es lo mejor en este clima. Las clases medias viven con una maravillosa simplicidad, con una cocina notable por su monotonía. Para cualquiera, el general aspecto de sus casas revelaría una gran ausencia de confort y de comodidad, pero para el que la habita no es así. El hábito es una segunda naturaleza; y la forma precipitada que tienen de hacer sus rápidas comidas, comiendo cada cual cuando quiere y lo que quiere, y lo poco acogedor de sus habitaciones, extraordinariamente limpias por otra parte, podrían inducir a un inglés a creer que los manchegos no necesitan confort ni el menor adelanto.

En los trabajos de cuchillería, un obrero hábil puede hacer dos o tres navajas diarias. Pero usted no encontrará ningún escaparate ni exposición donde se muestren al público; si usted desea ver la mercancía, y examinar los veinte o treinta modelos de navajas y cuchillos que se fabrican, verá que le enseñan uno o dos cajones que se guardan o en la sala o aun en el mismo dormitorio. Los cuchillos y navajas clásicas de Albacete, tienen forma parecida a una cimitarra, aunque templada la hoja a un punto más fino; algunos tienen una especie de muelle o de resorte que impide que el arma se cierre una vez abierta. Los mangos o puños van adornados con bronce, nácar o algo parecido, y los hay de todos los colores. Las navajas o cuchillos ordinarios, que se emplean por el campesino para cortar el pan o el melón, o para las necesidades caseras o agrícolas, tienen unas cinco o seis pulgadas de largo en la hoja, y se venden a media corona la pieza. Dagas y cuchillos de caza se fabrican también aunque en escasa cantidad y cada vez menos. En esto, como en otras manufacturas, la competencia extranjera a ido extinguiendo y em-



pobreciendo muchas industrias caseras. La mano de obra en estos cuchillos es dura. La industria ha decaído bastante y quizá su más importante mercado sea lo que se vende en las estaciones de ferrocarril por toda la comarca. Tanto ha decaído que bastantes fabricantes modestos, que incluso tenían algunos obreros a sus órdenes, han tenido que cerrar y colocarse ellos a sueldo de otros fabricantes más resistentes o como obreros en la estación de ferrocarril. El beneficio ordinario de un fabricante de navajas no excede de dos chelines por día si llega.

Con estas características y pese a estas buenas cualidades, el español, salvo en Cataluña, no es emprendedor ni amigo del progreso; y podría serlo porque la ingeniosidad y la destreza no faltan en cualquier artesano de por estas tierras. Pero él se empeña en seguir los viejos procedimientos de fabricación de navajas, como sigue utilizando el insuficiente arado para labrar sus tierras; mientras tanto empresas extranjeras explotan sus minas, explotan sus viñedos, construyen y explotan sus ferrocarriles y dragan sus lagunas.

Esta peculiaridad de la fabricación de navajas y cuchillos, no indica en absoluto que Albacete sea una tierra de gentes provocativas o amigas de querellas; nada de eso. Es una gente de lo más inofensiva y trabajadora que se conoce, con auténtica sencillez y amabilidad, lo más alejado de la delincuencia que puede darse y quizá de lo mejor de la Península. Desde el pobre labrador al más alto funcionario de la capital, todos se desviven con el extranjero en cortesía, hospitalidad y honradez.

Otra actividad industrial de Albacete es el azafrán, porque su tierra, seca y suelta, su rojizo suelo, la frecuencia de escarchas en toda esa comarca se prestan a que existan numerosas parcelas susceptibles de este cultivo. El cultivo se realiza mediante dos sistemas: o por el propio dueño de las tierras, que las explota directamente, o por más modestos labradores que por el pago de una renta toman en arriendo uno o dos acres de terreno de otros campesinos más ricos. Estos ceden parte de sus tierras contentísimos, porque se trata de tierras de la peor clase y la temporada de cultivo de azafrán las prepara para futuras explotaciones mejores. Normalmente la explotación del azafrán, en esta forma, se hace por cesiones de tres años.

Precisamente en los días que visita Albacete Rose, los bulbos de azafrán están sedientos de agua, bien rara en estas latitudes, donde se pasan nueve y a veces los doce meses del año sin llover. La cosecha de las flores se hace en noviembre, que es cuando toda la comarca se encuentra poblada de flores azules. Cortada la flor, la planta es dejada crecer hasta julio y entonces se la siega, convertida en una hierba que se destina a alimento del ganado. En la recolección de las flores hay que actuar con ce-



leridad y es trabajo que se realiza por mujeres, encontrando ocupación en él casi todas las de los contornos. El salario es de medio penique por libra y una buena obrera logra cosechar unas cuarenta libras de flor y recibe, además, una comida diaria durante la cosecha. La operación siguiente, la de quitarle a la flor el azafrán, también es hecha por mujeres, con el salario de tres cuartos o de un penique la libra y comida. Después se le tuesta y queda como una especie de tabaco un poco más rojizo, y entonces su valor es de cinco o seis dólares por libra; en los días en que Rose visita Albacete se vende a seis.

Gran parte del azafrán es usado, ampliamente, en la cocina española para darle color y sabor a sus sopas, pasteles y arroces. Así, cada vez que usted se encuentre en una casa particular o en un hotel con platos que le recuerden la cocina india, puede tener la seguridad de que ese aspecto de los manjares está conseguido a fuerza de azafrán. Casi dos terceras partes del que aquí se produce es exportado a Francia e Inglaterra para usos de tintorería. La lluvia en septiembre y las escarchas y rocíos de noviembre, son los que aseguran una buena cosecha.

Además de la cuchillería y del azafrán, tiene Albacete la industria del vino que se obtiene de las vides que crecen en parcelas, en medio de esta rica zona de cereales, ofreciendo, sobre todo en otoño, un bello contraste las tierras con vides con las destinadas al cultivo de trigo. Centenares de pequeños industriales vinateros, tienen cada uno su pequeña parcela, prensan ellos mismos la uva, hacia comienzo de octubre, en sus propias granjas, y reservando uno o dos pellejos para el consumo propio, venden el resto a las tabernas y hoteles. Pero muchos labradores también, que han ahorrado sus buenas onzas de oro, tienen su parcela propia destinada a esta explotación. El vino que se obtiene de las uvas negras, es un vino tinto y algo ácido. Y es significativo que en esta tierra, donde casi todo labrador viene a tener su propio viñedo, sea reducidísimo el número de borrachos. El vino tinto que se produce en la comarca es de calidad inferior al Valdepeñas y al vino catalán, pues no tiene ni el aroma de borgoña del primero ni el sabor áspero y astringente del segundo.

Unos pocos labradores cultivan patatas y en este seco suelo la carestía de patatas no se produce nunca. Los tubérculos son gordos, de excelente sabor y pesando a veces una libra por pieza. Es alimento muy usado en La Mancha, pero casi siempre friéndolo con aceite y raramente cocido o en puré. Y un plato de puré de patatas o patatas hervidas, que sería mirado con codicia y apetito por un granjero inglés, es despreciado por su colega manchego. Las patatas valen unos ocho o nueve peniques arroba



y al detall medio penique la libra. Los garbanzos, alimento usual en pobres y ricos, no se cultivan en Albacete ni en sus alrededores.

Y habiéndose ocupado ya de la cuchillería, azafranes y vinos, pasa Rose a dedicar unos comentarios a la explotación de tierras para cereales, para decirnos que mientras la avena es de escasa producción, el trigo y la cebada, empleada ésta principalmente como pienso, se producen en gran escala y en cosechas enormemente superiores a las necesidades de la comarca. El importantísimo excedente se exporta, principalmente a través del puerto de Alicante, siendo frecuentes los días en que se envían seis o siete trenes de grano. Normalmente una granja se compone de una superficie de quinientos a mil acres y están separadas unas de otras por una franja de terreno que se deja inculta. Y como esta es la principal riqueza, se ha ido creando una clase de hombres que se asemejan en posición, hábitos y vida a los viejos hidalgos campesinos ingleses. Estos propietarios adquirieron sus tierras, cuando valían bastante menos, o cuando la venta de los bienes de la Iglesia. Y si al principio constituían una clase inculta, poco a poco han ido cultivando el espíritu, llevando a sus hijos a escuelas y colegios y dándoles una carrera. Las nuevas generaciones, más aptas para el manejo de la pluma o de los libros que del arado, viven señorialmente en la ciudad y dan sus tierras en arriendo o encargan a un mayoral asalariado la dirección de los cultivos.

Es muy reducida la población en toda esta comarca. La Mancha, con siete mil quinientas millas cuadradas, tiene apenas 250.000 habitantes; Murcia, con dos mil millas, quizá tenga, en proporción, una población aún menos densa. Sin embargo, la cosecha de cereales, sobre todo trigo y cebada, es inmensa. Aquí donde el viajero pasa millas y millas sin ver otro signo de vida que las hileras de molinos de viento ni otros accidentes del terreno que algunas ondulaciones de la llanura, ni oír otra cosa que el chirrido de las cigarras, se cría el mejor trigo de España; la aparente esterilidad contrasta con la real prodigalidad y fertilidad de estas tierras.

Los labradores viven, generalmente, en pequeñas agrupaciones de casas que edifican aquí y allá y que ponen una nota de vida en la desolación de la vasta meseta. Pero cuando vive en su propia tierra, dentro de sus límites, suele hacerlo o en una pequeña cabaña de adobes, o en una cueva ahondada en la ladera de una colina, llevando una vida dura, y siempre encontrará usted en su guarida la paja cortada para las bestias, y los haces de romero para el fuego. Su alimentación normal es el estofado, con ajo o azafrán, pan y fruta.

Los precios son bajos, aunque la guerra ha elevado un poco los salarios. Con frecuencia se usa alrededor de la cintura, un cinturón donde



se suelen llevar guardadas buenas onzas de oro. Y es que ahorrar, es la delicia del manchego. Frugal, trabajador y honesto, su orgullo es ir ahorrando moneda a moneda que muchas veces esconde o debajo de un ladrillo o en el interior de algún muro en su casa. Su casa está siempre a su servicio y, aun inculto, es un señor. El campesino inglés es rudo, pero duerme en buen lecho; el español aunque a veces no tiene cama donde dormir, es siempre un señor.

Este año, con la carestía de obreros, el salario es de ocho reales por día, y medio penique para el desayuno. En la cosecha se añade al salario las dos comidas del día. El manchego es tan ahorrativo, como el andaluz es dilapidador y tan taciturno y reservado como el andaluz es dicharachero y expresivo. Hace poco tiempo los salarios eran de chelín y medio, pero la falta de brazos por la guerra los elevó porque en esta comarca no existe la competencia por los trabajadores portugueses, como ocurre en Andalucía. Las raciones alimenticias en época de cosecha consisten en dos comidas a base de pan con verduras, hortalizas u otro alimento vegetal.

La ciudad tiene cuatro o cinco iglesias y los clérigos que Rose conoció se distinguían por su espíritu liberal y comprensivo. Dos establecimientos de caridad, una Casa de Misericordia y un Hospital, son sostenidos por el Ayuntamiento o Concejo de la ciudad y admirablemente atendidos por religiosas de la Orden de San Vicente. Los miembros del Concejo son personas educadas y cultas, y aun alejado como está Albacete de toda ruta importante turística, hay dos o tres que hablan su poquito de inglés. Han dado un laudable ejemplo a los demás pueblos de España, prohibiendo la mendicidad en las calles de la ciudad, y recogiendo a los pordioseros en establecimientos de caridad donde se alojan casi doscientos de ellos y donde, además, se educa a los niños pobres enseñándoles algún oficio o trabajo.

Ningún viajero inglés debería pasar cerca de esta ciudad sin acercarse a ella para ver sus interesantes costumbres y modos de trabajar y vivir. Habrá otros pueblos más pintorescos y por ello más visitados, pero el conocimiento de éste es aconsejable por las virtudes que en la población concurren. Las características generales de toda esta comarca son: esfuerzos espasmódicos de caridad y de mejora de las cosas, enervados por la falta de unión y de coordinación en las iniciativas; maravillosa fertilidad natural que podría aumentarse artificialmente, con resultados óptimos mediante regadíos y fertilizaciones; gran refinamiento de maneras mezclado con una cierta rudeza y simplicidad. Pero estos extraños contrastes, son precisamente el encanto de España, y sus propios hijos lo reconocen. Estas tierras que no tienen ni el clima frío y aire salubre de Suiza ni



la tranquilidad, orden, fertilidad e industriosidad de Inglaterra y Francia, tienen en cambio su pintoresquismo y enorme atracción en la diversidad de costumbres, de trajes, de canciones y de paisajes que se deriva de las numerosas regiones, muy peculiares que componen la Península, con el encanto medioeval de las reminiscencias moriscas, con la variedad de colores y sonidos que el ojo percibe y el oído escucha, con la caballeresca cortesía con que el español se conduce. He aquí el encanto de España. Siempre pintoresca, aun en sus paisajes desolados y siempre encantadora aun en las cosas que mueven a compasión y a piedad.

En otro capítulo distinto se ocupa Rose de la Feria de Albacete, y comienza diciéndonos que una comunidad de frailes creó en el siglo XVI o XVII, en las proximidades, un Monasterio de Nuestra Señora de los Llanos que, más tarde, pasó a ser propiedad del marqués de Salamanca que convirtió la finca en un coto de caza con su pabellón. Rose nos dice en que forma los curas y frailes españoles, por lo general, se identifican con el pueblo, con sus aficiones y aun con sus pequeños vicios; juegan a la lotería, y repasan con avidez la lista de premios; asisten a teatros y corridas de toros, van al campo a cazar, escopeta al hombro y en vestiduras laicas, y todo ello sin que se resienta para nada su dignidad.

Los frailes, durante la larga etapa en que tuvieron el Monasterio, comprobaron la excepcional situación de Albacete, ciudad, como único núcleo urbano importante de esa gran llanura o meseta que sirve de punto de intersección entre Murcia, Valencia y La Mancha. Era lugar de paso de ciudades y regiones ricas en manufacturas y frutas, a la amplia comarca necesitada de ambas cosas y riquísima, en cambio, en cereales y en vino. Comprobaron que, instintivamente, y con escasos medios de organización, se celebraba anualmente una Feria para ponerse en contacto los fabricantes, productores y consumidores de toda la gran comarca antes indicada y en qué elevado volumen se realizaban operaciones comerciales en aquellos días septembrinos. Esto les llevó a construir, en las afueras de Albacete, una especie de teatro o gran circo, en parte cubierto, para que allí tuviese albergue la Feria anual.

El local, edificado en una buena llanura, se componía de dos grandes círculos, uno dentro de otro, en parte cubiertos, y con bastante apariencia con los claustros de algunos hospicios ingleses, abiertos en su parte de delante, y subdivididos en centenares de pequeños locales o casetas. Quien visitara aquel edificio, fuera de septiembre, creería que era una plaza de toros o un anfiteatro. Pero en los primeros quince días de ese mes el panorama era totalmente distinto.

Comienza la Feria alrededor del 6 de septiembre. Durante muchos días antes la estación de ferrocarril de Albacete, que usualmente tiene



la quietud de las de casi todas las ciudades pequeñas provincianas, ofrece una actividad enorme y se encuentra atiborrada de fardos, sacos, enseres, etc., que casi invaden, a veces, las propias líneas. Una verdadera riqueza en mercancías de todas clases, joyas valiosas, paños, vestidos, loza, cristalería, ferretería, monturas y arneses y frutos frescos enviados desde Murcia y Valencia, y granos, guisantes y pellejos de vino que de la región manchega vienen. Y en la ciudad, cada casa se encuentra llena de gente hasta el tejado.

En los alrededores de la ciudad millares de caballos, yeguas, mulas y asnos paciendo por doquier, vigilados por sus dueños que no se alejan de ellos y que cuidan con celo de su alimentación y de su limpieza para prepararlos a ser exhibidos en la gran feria de ganados que es uno de los atractivos principales de esa especie de mercado anual y extraordinario de septiembre. La vida febril comienza muy temprano, porque el español es madrugador por excelencia, y vuelve a interrumpirse después de comer, para la siesta, etapa necesaria en la vida española, salvo el campesino, en su tierra, que casi trabaja de sol a sol.

La inauguración oficial de la Feria es el día 7 de septiembre. A las 5 de la mañana las campanas de todas las iglesias llaman a la gente a la primera misa y todas las calles se llenan materialmente de gente. Centenares de tartanas o galeras, especie de vagoneta cubierta, con dos ruedas, arrastrada por caballo o mula, y con el conductor sentado en una especie de sofá en la delantera, carruaje corriente en toda esa región murciano-valenciana, se van aglomerando. En ellas vienen las gentes de la comarca, con sus familias y servidumbres, desde pueblos de más de veinte millas alrededor. Alegran las calles con el traqueteo de sus ruedas, el sonido de los cascos de los caballos en el suelo, el tintineo de las campanillas de los arneses. Oficiales y soldados de caballería, llegados en el primer tren, patrullan sobre sus caballos que relinchan estimulados por la espuela del jinete. La Feria ha comenzado.

A las diez de la mañana, una banda militar con un escuadrón de húsares, con su bello uniforme, azul, amarillo, blanco y oro, escoltando al Alcalde y a las autoridades se encamina a la Feria para la apertura. Pocas transacciones se hacen ese día, pero toda la llanura donde el edificio se asienta, es objeto de una extraordinaria y pintoresca animación.

Dentro, en los dos círculos de casetas o tiendecitas, los comerciantes, con sus ayudantes y familiares, están atareados en el quehacer de desempaquetar balas y fardos, abrir cajas, montar toldos, instalar las mercancías en sitios visibles y que las favorezcan. Y hay un gran estruendo de martillos, cuerdas, y acarreo de bultos y enseres. De los dos círculos, el interior, está destinado a las mercaderías más valiosas, a las de más



alto precio: joyería, sedas, satenes, mantones, sombreros buenos, lazos, adornos, etc... En el círculo exterior, o más grande se acumulan otras mercancías, vajillas de porcelana y loza, monturas y arneses, mantas, frutos, hortalizas, etc... Polvo, ruido, color, juramentos, maldiciones y gritos, con el ruido de las campanillas de los carruajes y caballos y el de las campanas repicando, producen una algarabía impresionante y pintoresca.

Por la noche, Rose se encuentra con que el hotel donde se hospeda ha sido asaltado también por una concurrencia enorme y mezcladísima; cuatro o cinco oficiales de húsares, diez o doce tratantes, cuatro o cinco campesinos ricos, modestos labradores con sus camisas azules y alguna empolvada señora de posición. Pese a esta mezcolanza, todo se desenvuelve dentro de una gran cortesía de unos con otros, sin frialdad, sin dureza, sin desprecios, ni siquiera frente a un ricachón inculto, lleno de onzas pero que no puede hablar sino de sus bueyes. Una simplicidad primitiva, una extraordinaria naturalidad y una gran cortesía y urbanidad, incluso entre personas de diferentes y muy alejadas clases, es esencial característica de las gentes de todas estas regiones. Y aun en las más importantes ciudades, no es raro ver sentados a la mesa, en trato cordial, con buen humor y cortesía, al matrimonio rico con el niño y el ama del niño, en la misma mesa a que se sientan señorones de rango.

El hotel, aquella noche, era un verdadero espectáculo y parecía como si se hubiese hospedado en él todo un regimiento en ruta para el campo de batalla. Aun en el patio, a pleno aire, docenas de personas durmiendo en sillas, o sobre los ladrillos del duro suelo envueltos en sus mantas. Cada uno había venido «a ver la Feria». Multitud de trajes diversos, multitud de dialectos diversos. Un cura, que podría haber servido de modelo a Velázquez dos siglos antes, reza su breviario y confiesa que jamás había salido más de cinco millas fuera de su pueblo.

En los dos días siguientes, 8 y 9, la Feria está en su máximo apogeo. aun cuando dura casi otros ocho días. En tarde del 8, Rose va a pasar unas horas allí. La Feria está a una media milla de la población y se llega a ella por una avenida con árboles achaparrados a un lado y al otro, adornados con banderas con los colores nacionales, rojo y amarillo. En las aceras, todas las casas parecen tiendas o teatros. Un aire pesado de polvo que no impide que las señoras acudan al espectáculo bien vestidas, bien arregladas, bien empolvadas y luciendo sus joyas entre las que las mejores son sus manos finas y blancas. Música, guitarras, organillos, gaitas, salmodias, castañetas, ensordecen el oído. Uniformes vistosos de la Guardia Civil y de oficiales y soldados de infantería y caballería alegran el conjunto. A un lado se ve una especie de circo con unos monos ha-



ciendo acrobacias en las cuerdas, un lobo en su jaula y un caimán en su tanque. A otro lado, en una barraca, una pobre niña, a la que le nace del costado una tercera pierna, es exhibida al público, sin el menor síntoma en ella de tristeza, sino más bien de contento y vanidad por la sensación que despierta. Mas lejos una rueda de la fortuna en la que los asistentes, y aun el propio operario que la maneja encuentran la suya. Un prestidigitador hace volverse rojos o amarillos los pañuelos blancos que le entregan, y en un pequeño escenario se enseñan al público los retratos de las mujeres *comunistas* que habían sido muertas en la pasada guerra.

Todo esto es, y más aún, lo que el visitante se encuentra en los alrededores de los locales específicos de la Feria. Cuando se llega a ellos, al gran circo o anfiteatro, se entra por unas grandes puertas ante las que se encuentran Guardias civiles a caballo, magníficamente ataviados y soldados de infantería. En las proximidades de la entrada, docenas y docenas de tartanas con sus ocupantes, aristócratas de los pueblos cercanos, y centenares de mulas enjaezadas o sueltas.

La perspectiva del círculo interior es maravillosa por las instalaciones costosas y lujosas que en él existen. Cada tiendecita está ricamente adornada por su titular con cortinas, colgaduras y demás ornamentos decorativos. Los toldos o tejadillos permiten al paseante circular, apesar del sol, visitar las tiendas y hacer sus compras con comodidad o presenciar, simplemente, a la sombra, el movimiento febril que no decae durante el día.

Una tienda de hermosos mantones o chales magníficos, ninguno de los cuales cuesta menos de quince dólares, excelentemente trabajados, con bellísimos bordados representando flores, frutos, pájaros, en oro, verde, rojo y amarillo. Una joyería con trabajos de filigrana que nada tienen que envidiar a los hechos en Etruria y donde se encuentran pendientes que, aun resintiéndose del gusto local y provincial por su factura algo ordinaria, no por eso cuestan menos de 30 libras. Sombreros de todas clases, desde el auténtico «Lincoln and Bennet» hasta las clásicas monteras que usan los labriegos y campesinos de estas comarcas.

El importe total de las transacciones alcanza cifras increíbles, porque muchos labradores hacen aquí, en estos días, las compras de cuanto necesitan; y la mujer de su casa, buena administradora, se provee en la Feria de todo lo que ha de serle preciso durante el año; alimentos en conserva, paños, y utensilios caseros de toda clase.

Es claro que este mercado anual y extraordinario, no deja de acusar las deficiencias del primitivismo en formas, y estilos de presentar y aun de vender. Sin embargo existen en España otras Ferias, singularmente las de Ronda y Sevilla en primavera y la de Cádiz en otoño, especialmente pintoresca, bastante modernizadas en su organización y que merecen el



atento estudio de todo viajero. Pero aun en Albacete, Rose confiesa que jamás vió mayor número de mercancías valiosas, aunque quizá los llamativos colores de los pañuelos, chales y mantones sorprendan un poco al extranjero no acostumbrado a semejantes tonos brillantes y contrastes violentos.

Todo este conjunto de color, de polvo, de gritería en las transacciones regateando los precios, forma un verdadero e impresionante Babel a lo que ayuda la multitud de tipos distintos que se entremezclan; campesinos valencianos con sus blancas blusas de lienzo, calzones a la rodilla, anchos como sayas y negro cinturón o faja; ricachones en traje similar pero adornado con cintas amarillas y rojas. Bellezas, de ojos negros, de Murcia y de Valencia pasean, entre la multitud, escuchando las bandas militares que, con animación y estrépito, amenizan el «grand stand», destinado a las autoridades y gente principal de la ciudad y a sus familiares, en el centro de la Feria. Y allí vemos al manchego de chaqueta negra y pantalones caseros con su cónyuge —sayas de estameña y negro pañuelo de seda anudado sobre su bronceína frente—; la murcianica con su chal amarillo, verde o rojo y traje llamativo paseando con su novio que la obsequia con piropos y golosinas; y la valenciana, con las trenzas de su negro cabello tirantes hacia atrás y anudadas en clásico «moño», con algún adorno modestísimo en la cabeza pues presume de ser su pelo el mejor ornamento.

En el otro círculo, mercancías variadísimas, loza, cuchillería, ferretería, talabartería, en cuyos trabajos es famosa Murcia que presenta anualmente sus famosas monturas, aguaderas, arneses, campanillas, gualdrapas que, aunque toscos de factura, son de gran solidez y perfecto trabajo. Y el paseante sediento, siempre encuentra, bien cerca, donde comprar un melón, por medio penique, o donde refrescarse con una «orchataz» o leche de almendra, por el mismo precio.

Hay que salir fuera, a la polvorienta llanura, donde se realizan los reales negocios de la Feria en la compra venta de mulas, asnos, caballos, guisantes y vinos. Toda esa zona, de ordinario desanimada y silenciosa, es estos días lugar de desenfrenada actividad. Imagínese quien pueda, centenares de galeras y de carros aparcados; alrededor de cada uno los colchones o mantas tendidos para dormir, con sus cubrecamas vistosos; las mulas, sueltas o trabadas, comiendo su paja y cebada a la vista del dueño. Durante el día, las mujeres duermen en los carros. Son los tratantes de caballerías que vienen desde más de cuarenta millas a la redonda con sus hijos, mujeres, criados, y con todos sus «penates», y en sus carros viven día y noche durante los días que la Feria dura.

Es curioso seguir allí hasta que el sol se pone y la pálida luna se alza



en el cielo, porque se presencia un curioso espectáculo. Las mujeres dejan su sueño, encendiendo fuego, con la paja que sobra a las caballerías, que alimentan con algunas astillas de madera y comienzan a cocinar sobre el mismo suelo, mientras los hombres preparan las cosas para el día siguiente o discuten las incidencias del que ha acabado. Y luego, aquí y acá grupos animados en los que pronto suenan las castañuelas y guitarras y se elevan canciones o se organizan bailes. Hacia la una de la madrugada todo calla, se apagan los fuegos, se extinguen las brasas con los pies y hay que marcharse por un camino difícil sorteando carruajes, bestias, personas durmiendo o restos de algún fuego aún vivo. Patrullas de guardias y soldados hacen la ronda y vigilan. Y a la pregunta consabida al ver a Rose, un extranjero, se le contesta: —«Es un inglés que ha venido a ver la Feria». — «Bueno, vaya con Dios y en buena paz»—.

